

23 de noviembre de 2010 – 18.07 h.
Comisaría de policía de Lost Bay.

Morgan Moore gime sutilmente mientras ladea la cabeza. Todo le da vueltas. No es la primera vez que se queda dormida sobre su escritorio, pero sí la última. En el fondo sabe que no es cierto, no cuando vives para tu trabajo de inspectora del Departamento Policial de Lost Bay. Ya pedirá cita con su fisioterapeuta, si es que tiene tiempo para ello en algún momento. Abre lentamente los ojos y se percata de la pila de carpetas marrones apiladas en un extremo de la larga mesa de color gris apagado. El crimen nunca duerme.

Levanta un poco la cabeza, llevándose una mano a la nuca. Gira ligeramente el cuello y un leve crujido lo acompaña. ¿Cuánto tiempo lleva así? Tal vez horas. Cuando enfoca la vista logra ver una taza de café medio vacía frente a ella. Frío y asqueroso, un café frío y asqueroso. Ladea la cabeza en la otra dirección, pero esta vez no hay crujido. Su cuerpo comienza a despertarse, sea la hora que sea. Ahora alza la cabeza al techo del despacho y, mientras está boquiabierta, se da cuenta de que las placas y las luces de flexo del techo no podrían ser más deprimentes. «No solemos mirar mucho los techos», curiosa reflexión para un recién despertar.

Cuando baja la vista de nuevo al escritorio, repara en la placa que adorna el frontal de su mesa, que reza la frase «Mi escritorio, mis reglas». Un regalo de Cordelia. Su vista se desplaza hasta el pequeño marco en el extremo derecho del escritorio. En la fotografía que encierra se ve a dos mujeres. Una de ellas de piel oscura y cabello arrebolado, Morgan Moore, y la rodea por encima otra joven de piel muy pálida y un pelo negro como el carbón recogido en una coleta, Cordelia. Parecen felices. Eran felices, piensa Morgan para sí misma al rememorar el momento en que fue tomada la fotografía en el parque nacional Acadia, hace dos años. Muchas cosas han cambiado desde

entonces, y no todas para mejor. Ese pensamiento lleva estancado varios días en la mente de Morgan, y lo justifica con el hecho de no haber dormido en casa desde hace días.

La jodió. Una de esas veces que la jodes bien jodida, y sabe que Cordelia tiene todo el derecho del mundo a estar enfadada con ella. Pero también sabe que Cordelia la quiere demasiado y es mejor persona que ella, motivo por el cual nunca le ha reprochado ninguna de sus meteduras de pata. No, ese no es el problema. El problema es que, sabiéndose culpable, Morgan no podría mirar a la cara a Cordelia y volver a pedirle disculpas otra vez. «No te la mereces, Morgan, maldita idiota». Sabe que esos pensamientos son demasiado tóxicos, ciertos, pero tóxicos.

Morgan se lleva una mano a los ojos y aprieta a la altura del tabique nasal hasta que duele. Cuando recupera la vista, después de varios fogonazos por la presión, distingue una figura en la puerta del despacho.

-¿Cordelia?

-Lo siento, inspectora -dice la figura de la puerta con una voz claramente masculina, pero juvenil-, no quería molestarla, pero...

-Pasa, Freeman, pasa -Moore se despereza disimuladamente y se yergue en la silla-. ¿Qué sucede?

El joven inspector, en los últimos años de la veintena, espigado y de pelo corto castaño, entra en el despacho cerrando la puerta tras de sí. Trae una taza en una mano y una caja de color rosa en la otra, y deja ambos sobre el escritorio ante una atónita Morgan Moore.

-¿Celebramos algo, Freeman? -pregunta la inspectora.

Dick Freeman le explica entonces a Morgan que hará apenas una hora escasa se pasó por el despacho su pareja, y traía la caja rosada cargada de donuts. También confiesa que el relleno de mermelada de fresa ha desaparecido, y él es el culpable. La taza de café recién hecho es cortesía suya, pensando que a la inspectora le gustaría acompañar los dulces con algo amargo.

-¿Cordelia ha estado aquí?, ¿por qué no me ha avisado nadie?!

-En realidad, inspectora -dice Freeman-, la señorita Burrows la vio dormida a través de la rejilla, desde fuera del despacho, y decidió no despertarla. Me pidió que le dejase la caja con...

-Vale, vale, lo pillo, Freeman, lo pillo -Morgan agarra la taza de café que le ha dejado el joven inspector y le da un sonoro sorbo que le atraviesa la garganta-. ¡Dios mío bendito, Freeman! ¿Qué es esta porquería? ¿Quién ha hecho este café?

-Peralta acaba de hacerlo, inspectora. Está recién...

-Está despedido. ¡Peralta! ¿Me oyes ahí afuera? ¡despedido! -Vuelve a dar otro sorbo al café, esta vez esperando el golpe-. Qué asco, por favor.

Morgan deja la taza de nuevo sobre la mesa y abre la caja de los dónuts. Efectivamente, resulta evidente la falta de uno de los dulces, el glaseado con mermelada de fresa. Agarra uno de los normales azucarados y le da un mordisco que le sabe a gloria.

Con la boca medio llena, Morgan le pregunta a Freeman a santo de qué ha venido la irrupción en su despacho. Normalmente, el joven inspector la habría dejado dormir sin reparos, como tantas otras veces en las que Morgan se ha quedado trabajando hasta tarde o



durante jornadas enteras, e irremediablemente el sueño vence. El caso del violador asesino de la calle Factory la ha traído de cabeza durante varios días y noches; no dejaba de ver las caras de las jóvenes cada vez que cerraba los ojos, y eso la estaba atormentando en cada ápice de su ser. Pero ahora que habían conseguido pillar a ese cabrón, tras cuatro asesinatos y tres meses, por fin podía dormir tranquila. O al menos eso pensaba antes de la visita de Freeman. El agente, de nuevo excusándose por interrumpir a Morgan, le hace saber que hace apenas unos minutos han recibido una alerta por varios disparos en el Motel Cordial, en la calle Pearson.

Morgan conoce bien el Motel Cordial, o, al menos, lo conocía cuando era el anexo del club más prestigioso de Lost Bay, conocido como la gran Casa de Winslow. Este lugar era el local de alterne más

refinado de toda la ciudad, con luces, espectáculos de variedades, y un pequeño edificio de habitaciones al lado donde los generosos clientes podían «agradecer» a sus anfitrionas el trato recibido. Claro que estamos hablando de mediados de los años noventa, y Morgan era tan solo una cadete recién salida de la academia. En tan solo siete años el local había cambiado de manos tres veces. Primero lo tuvo un gran benefactor empresario extranjero de algún país del este que había visto potencial en el negocio y decidió invertir. El primer cambio fue a finales del año 1994, cuando las bandas locales comenzaron a trapichear descaradamente durante las fiestas privadas del club. El imperio de la droga se impuso en el local y, tras varias redadas, el acaudalado extranjero se vio obligado a buscar a un socio mayoritario para empezar a desligarse del negocio. El segundo dueño del local fue un granjero de Ebony Claw, otro pueblo cercano, al que le habían caído algunos cuartos en una herencia de un tío lejano y al que habían aconsejado invertir en algunos negocios. Su gestor se dio a la fuga tras una inspección judicial, y el pobre granjero comenzó a perder toda la fortuna que tan equívocamente había invertido. El tercer y último dueño de La Casa de Winslow fue el equipo de la propia administración de Lost Bay. El ayuntamiento, bajo un nuevo alcalde más ambicioso que prudente, hizo oídos sordos a las numerosas deudas que recaían sobre el inmueble y gestionó la «adquisición» de los terrenos sobre los que se asentaba La Casa de Winslow, algo en lo que no habían caído ni el generoso extranjero ni el suertudo granjero en su momento. Así, siendo dueño de los terrenos, el nuevo alcalde se convirtió en propietario del local que había construido encima. La reconversión, a cargo del ayuntamiento de la ciudad, por supuesto, se consiguió en un tiempo récord, y a mediados de 1998 La Casa de Winslow volvió a abrir sus puertas como si se tratase de una atracción turística.

Lo que al principio parecía todo un espectáculo para la ciudad de Lost Bay y una innovación, se dismanteló en una redada de la policía judicial a finales del año 2001 como uno de los mayores destapes fiscales de la historia de la ciudad. El alcalde había estado utilizando La Casa de Winslow para blanquear dinero negro durante casi tres años «con bastante éxito», determinaría el juez posteriormente. Así,

finalmente, el club más prestigioso y polémico de Lost Bay cerró sus puertas para siempre. Pero no lo hizo el local de habitaciones anexo, que tras su adquisición por un modesto empresario autóctono a finales de 2003 pasaría a ser conocido como el Motel Cordial, intentando mantenerse lo más alejado posible de todo lo sucedido con el club de alterne años atrás, y convirtiéndolo en un pequeño recinto de alquiler de habitaciones por noches que, para su sorpresa, acabaría teniendo cierto éxito entre la gente de fuera por su sencillez. Aunque no faltan los cotillas de turno que simplemente aprovechan la oportunidad para visitar las ruinas de La Casa de Winslow, actualmente abandonada a su suerte y en según qué temporadas habitada por enormes criaturas portadoras de enfermedades y algunos yonquis.

No fueron pocas las veces en que Morgan, cuando era una novata, formó parte de los equipos de las redadas policiales llevadas a cabo en el local de variedades a partir del año 96, con intención de destacar sobre los demás. Sin embargo, debe reconocer que, hasta la fecha, nunca habían notificado ningún altercado ni nada parecido en el Motel Cordial.

-¿Quién ha dado el aviso? -pregunta Morgan.

-El señor Vaughn, el dueño, hace unos diez minutos.

-Avisa a la científica. Llama a la doctora Expósito también y dile que no se marche aún, seguramente le demos algo de trabajo. Cuando hay disparos, suele haber alguien en el suelo.

-Ya he enviado un par de patrullas a acordonar la zona, deberían haber llegado ya.

-Bien, ve adelantándote y arranca el coche, ahora te alcanzo -suspira Morgan.

Antes de que se marche por la puerta de nuevo, Morgan le pregunta al inspector Freeman si ha avisado ya al juez de instrucción, por si hay que levantar algún cadáver. Freeman responde negativamente. «Bien, que se te olvide hasta que lleguemos allí, Dick». A Morgan no le gusta cuando empiezan a husmear en sus escenarios del crimen antes de lo debido.

Dick Freeman sale por la puerta a la par que Morgan vuelve a dar un sorbo a la taza de café. El líquido frío le ayuda a bajar lo que

aún le queda del donut en la garganta. Sabe a gloria hasta el último bocado.

Se levanta de la silla y se estira descaradamente. Las noches en la oficina le van a pasar factura, pero ya tendrá jubilación durante la que quejarse de ello. Repasa su equipo antes de salir. Placa, arma reglamentaria, arma no reglamentaria, documentación, llaves del coche, teléfono... ¿teléfono? ¿Dónde diablos ha metido el teléfono?

Tantea los bolsillos, sin éxito. Siempre le pasa lo mismo, debería atarse el teléfono con una cadena al cuello. Repasa sus últimos movimientos, pero ni siquiera recuerda cuándo se quedó dormida sobre el escritorio, menos aún dónde dejó el teléfono por última vez. «Piensa, piensa».

Morgan inspecciona el despacho rápidamente y entonces lo ve. Ilusa de ella. Al fondo del despacho hay una gran bandera americana de pie que adorna la esquina. Morgan tiene la mala costumbre de utilizarla como perchero, aun teniendo uno justo al lado de la puerta. No sabe si lo hace por vicio o por reivindicación ante el sistema gubernamental, pero lo hace. Su elegante chaqueta gris a rayas negras reposa colgada sobre la bandera roja, blanca y azul. ¿Podría ser? Morgan mete la mano en uno de los bolsillos laterales de su chaqueta... nada. Prueba a tientas en el otro bolsillo... ¡BINGO!

Su teléfono móvil no es nada del otro mundo, lo más sencillo del mercado, «para llamar y poco más» le dijo al vendedor cuando fue a comprarlo. Cordelia siempre le está reprochando que no se compre uno mejor, pero la verdad es que Morgan se apaña con poco, siempre lo ha hecho. Desbloquea el teléfono y ve dos mensajes sin leer. El primero de ellos es de *spam* de una oferta de un producto que ni siquiera Morgan sabe identificar. El segundo mensaje es de Cordelia.

**Cordelia: No he krido despertart. T deju ls donuts. Hablamos.
PD: Freeman prcia interesado en el de mermlada de fresa.**

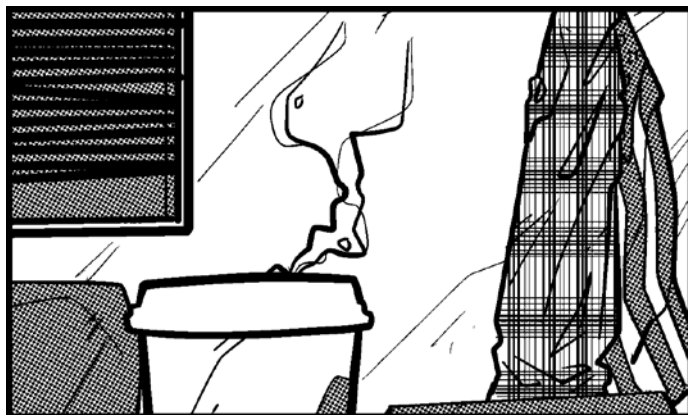
Maldición. Morgan siente un hormigueo en el estómago, y no de los agradables. Debería haber estado despierta, aunque en el fondo duda de ello, ya que tal vez la habría cagado de nuevo. Termina de

colocarse la chaqueta mientras piensa en qué responderle a Cordelia. ¿Algo agradable? ¿Algo directo?

Morgan: Mucho trabajo. T llamaré luego. Gracias x ls dónuts.

Menuda elocuencia. En la academia te enseñan incluso a lidiar con situaciones de tremendo estrés y bases de negociación, pero Morgan es incapaz de decirle a la mujer de su vida que lo siente y que la quiere.

Vuelve a guardar el teléfono en uno de los bolsillos de la chaqueta. Se da la vuelta y queda de frente al gran tablón de corcho que reina sobre la pared tras el escritorio. Ahí están las caras de esas chicas. Por fin podrán descansar en paz. Morgan descuelga todas las fotos del chapón, las de las chicas, las de los sospechosos, y las del culpable. El violador asesino de la calle Factory ya es un caso cerrado. Volverá a preocuparse cuando tenga que declarar en el juicio. Con el tablón totalmente vacío, Morgan se siente con fuerzas para encarar un nuevo asunto. El trabajo la distraerá del resto de preocupaciones. Cierra la carpeta del caso del asesino de la calle Factory y la guarda en uno de los archivadores del despacho. Al abrir el archivador, este parece que va a estallar de papeleo. Ya ha recibido algún tirón de orejas por no llevar los expedientes cerrados al registro del sótano, pero nunca tiene tiempo. Mentira. Ya lo hará, se dice para sí misma. Cierra el archivador y apaga la luz del despacho, cerrando la puerta tras de sí.



23 de noviembre de 2010 – 18.17 h.

Motel Cordial.

Freeman aparca el coche patrulla en el estacionamiento exterior del motel. Apenas hay otro par de automóviles aparcados, a bastante distancia el uno del otro. Morgan puede imaginar por qué, y es que la discreción es un factor fundamental en este tipo de establecimientos. Morgan distingue con un rápido vistazo los dos coches patrulla de Jackson, Ortiz, Grey y Jewell apostados en los límites de la parcela del motel. Sin embargo, no hay nada acordonado. Freeman sigue agarrado al volante, mirando al infinito. No lleva mucho tiempo en el cuerpo, y sabrá Dios por qué lo asignaron como tutelado de Morgan, pero la orden venía desde arriba. «Verde, muy verde», piensa Morgan mirando de reojo a Freeman. La tarde se empieza a imponer y la luz del día va desapareciendo con un tono grisáceo que hace que las sombras se recrudezcan, pero no hay ninguna luz encendida por ninguna parte, solamente las de los coches patrulla de Jackson, Ortiz, Grey y Jewell, lo que le da un toque más tétrico a la escena si cabe.

No es el primer rodeo de Morgan, pero si algo aprendió desde sus inicios es que cada caso es totalmente diferente. Se baja del coche con un quejido, señal de que la edad empieza a hacer mella, y observa un poco mejor el panorama. Se recuerda que tiene tan solo 42 años, «pero bastante vividos», puntualiza en su cabeza para justificar el quejido. El motel es bastante pequeño y discreto, lo suficiente como para pasar desapercibido si te despistas conduciendo por la carretera principal. Colores nada llamativos, sin el típico letrero gigante que anuncia que tienen habitaciones libres. No, la intención está bastante clara: no llamar la atención, sea por el motivo que sea. La primera tanda de habitaciones está a pie de calle, hay unas diez, una al lado de la otra, algunas con las cortinas corridas, o bien con alguno de los vehículos del aparcamiento haciendo de pantalla. «Discretos, pero